

LA LENGUA EN LA INSCRIPCIÓN DE LA IDENTIDAD

Olga M. Tiberi

(Universidad Nacional de Rosario)

RESUMEN

Los conceptos de lengua e identidad son convocados en la intimidad del querer-decir del logocentrismo, con el propósito de fundar una cierta homogeneidad en cuya superficie se ‘presenta’ la institución de la verdad y del sentido. Esta estrategia no es meramente un ejercicio teórico o especulativo, sino un hacer concreto, efectivo y político por el cual se pretende el imperio de un pensamiento único. Por tanto, la identificación es diseñada mediante un procedimiento de autoridad delimitante de dominios de prestigio y de marginalidad que la lengua desdice y vuelve inconsistentes desde su propia naturaleza, puesto que ella, al no dejarse definir como propia ni como ajena, resiste todas las instancias desatadas por las violencias de la apropiación, manteniendo vigente una alteridad que le es necesaria y constitutiva.

La lengua, en tanto lugar irreductible de la diferencia, se formaliza, entonces, en esa pregunta inquietante que construye una identidad que jamás se identifica consigo mismo y, conservando en sí a lo otro sin disolverlo ni identificarse, concurre en la inscripción de una singularidad que no cesa de interpelar las respuestas dadas por la herencia y por lo por-venir.

Palabras claves: lengua-identidad-diferencia

De modo que bajo las palabras de nuestra lengua actual se dejan oír frases –pronunciadas dentro de esas mismas palabras o casi- por hombres que aún no existían y que hablaban de su nacimiento futuro. (M. Foucault, *Siete sentencias sobre el séptimo ángel*, p. 19)

No se puede poner sordina a todo aquello que resuena al caer, nunca mejor dicho (como una bellota, cae que ni pintado), sobre el tambor de las lenguas. (Jacques Derrida, *Tiempo de una tesis*, p. 47)

LENGUA E IDENTIDAD COMO REPETICIÓN/GENERALIDAD DE LO MISMO

Tal vez, la relación lengua / identidad no se deje entender más que en esa barra que intenta deslindar los respectivos campos conceptuales, aunque yuxtaponiéndolos en un espacio de pertenencia común. La simultaneidad propuesta por esa frontera que, en su mis-

mo gesto de escisión, une a quienes separa, parece soportar todo el peso de la historia, todo el andamiaje de una metafísica de la presencia, por el cual el querer-decir del logos ha encriptado las implicancias entre uno y otro término. A manera de protagonistas imprescindibles de un mismo acto de enunciación se supone, a ambas, en tanto partes constitutivas de una unidad que declara su certeza y anuncia su propio sentido. Y, en realidad, en esta construcción de carácter fundacional, con el consiguiente matiz de olvido acerca de la violencia en que tanto la lengua como la identidad logran legitimarse, se entreteje históricamente, una cercanía irreductible. Entonces, aunque sustentadas más en aquello que se abandona al arbitrio de las márgenes que en la centralidad del concepto, más en lo evitado que en la praxis de la memoria, lengua e identidad formalizan un silencioso compromiso de asistencia íntima. En esta ‘catástrofe genealógica’ (Cf. DERRIDA, 2001: 222 y sgtes) se constituye el lugar donde se produce la inscripción de las cuestiones de un saber que al presentarse, territorializa una verdad que hace coincidir, siempre, con el destino de sus propios límites.

En este aspecto, esta relación se adscribe a la aseveración que Emanuel Lévinas hiciera, precisamente, con respecto de la historia: “ceguera a lo otro y (en) laboriosa procesión de lo mismo” (*Apud* DERRIDA, 1989: 127). Para la consecución de ese propósito ambas, se erigen en construcciones paradigmáticas a partir de un episodio fáctico: aquel que les ha permitido una dominancia cierta, la certeza de una imposición. Por tanto, los términos de identidad y lengua, - figuras de intercambio y de generalizaciones-, son interlocutores de ese diálogo del poder simbólico que W.Mignolo llamara ‘atribución de sentido’²¹ y que, se materializa como tal, en la tarea de asignación y de designación, mediante la cual se nombra y se instituye una realidad. Sin embargo, ese intersticio sesgado por la barra, inscribe la borradura de una huella que torna indecible el mismo vacío que pretende evitar. A la vez construye, insaturable, una cierta ambigüe-

²¹ Cf. W.Mignolo “La colonización del intelectual porteño”, entrevista de Pilar Ferreyra, Clarín, 20/8/01. En ese artículo, el filósofo argentino afirma: “La identidad no tiene que ver con esencias sino con diálogos de poder... Quien tiene el poder simbólico establece lo que yo llamo ‘atribución de sentido’... Quienes no se sienten cómodos con la identidad otorgada establecen una ‘reasignación de sentido’ ... La identidad es una cuestión de atribución y reasignación de sentidos de quienes son controlados por ciertas categorías identitarias”.

dad que, en su desvarío, no hace sino mantener en vigencia los bordes de una clausura en cuyas estribaciones ninguno de los dos términos deja detener la marcha de la significancia.

Si bien una y otra cuestión, la de la lengua y aquella de la identidad, se declaran arcaicas, en la acepción más íntima del atributo: aquella que, en la nominalidad de la palabra ‘arké’, las privilegia con la potencia denominadora en tanto principio y custodio de aquello mismo que definen y fijan como tal, no pueden sustraerse al juego de una diferencia imposible de suturar; desbordadas por ese ‘plus’ de la lengua²² que destituye el límite, y denuncia los ‘con-fines’ de la pretendida circunscripción natural elaborada en la performatividad del concepto.

Desde esos imprecisos orígenes, entonces, se ha pretendido sustantivar una lógica de la homogeneidad que otorga certezas a un orden paradigmático, un constructo que al decir de J. Derrida es desde siempre usurpador, una “especie de modelo artificial que ya procede de una tejné....un artefacto,...un referente construido,...una cripta para guardar celosamente su secreto en el momento de su mayor exposición” (DERRIDA, 2001: 207 y sgtes.). Pero el origen no es el pasado sino la posibilidad misma del lenguaje y la experiencia del pensamiento que se arriesga en lo por-venir. En tal sentido, la diacriticidad de la lengua corroe, desde su propia interioridad, las pretensiones identitarias; y atravesando toda la problemática y, al mismo lenguaje, formaliza a ambos en una textualidad ilegible; es decir, siempre dada a la lectura.

De manera que la cuestión de la identidad parece trabar más relación con la diferencia que con aquel orden analógico de semejanzas mediante el cual se intenta crear una correspondencia directa con la lengua. En todo caso, la juntura de ambos términos se produce en esa ‘gramática del sesgo’ (DERRIDA, 1997: 382) por la cual una lengua no se realiza jamás por el conjunto de las palabras dichas”, y por tanto no es jamás actual, sino que, precisamente, por esa inactualidad obliga a pensar la identidad, como un pasado hipotético y potencial, en el destiempo del pensamiento, como soporte acallado de

²² Precisamente, ese ‘plus’ de la lengua, es quien interviene de manera decisoria en el trabajo de la deconstrucción. Cf. Derrida, 1997: 4.

la temporalidad que, no obstante, “instituye y salvaguarda la historicidad del devenir, de cada segmento o intersticio del devenir” (VIRNO, 2003: 147), a la vez que desbarata, a su paso, el carácter cerrado de ese proceso.

La lengua es identidad y esta no puede sino constituirse en el quehacer de aquella. Sin embargo, esa contundencia del verbo ser, puerto seguro adonde arriban los interrogantes de Occidente, se desmituye en la estrictura²³ que convoca y tensiona a ambos términos, toda vez que se intenta traspasar la pregunta ¿qué es?, puesto que en tal respuesta, “no pasa nada, no ocurre nada que no haya sido ya anticipado bajo su forma más general: el *ser*²⁴” (DERRIDA, 1997a: 41). Una respuesta que no convoca a la responsabilidad en el responder, sustituyendo, de antemano, esta decisión, en la preeminencia de su propia teleología trascendental.

Precisamente, si el saber occidental descansa sobre la piedra fundamental de una ontología como filosofía primera, es porque se ha llamado a sí misma a erigirse en una filosofía del poder, de poder designar, denominar, establecer límites conceptuales y también políticos y económicos. Se ha constituido ella misma en acontecimiento y permitiendo y avalando la configuración de una tautología incapaz de contener en la estrechez de sus límites cualquier debate acerca de la identidad, oblitera la irrupción de lo ‘otro’, de lo que se pueda decir y de aquello que aún quede por decir. En esa unidad circular y de dirección unívoca entre lengua e identidad ha tenido lugar el acaecimiento de lo mismo que añora apenas, en su solo estar, una ilusión de otredad. En este contexto, M. Foucault, señala “creemos que contemplamos el estallido de la subversión de lo Otro, pero en secreto la contradicción trabaja para la salvación de lo idéntico” (FOUCAULT, 1995: 32).

Es en esta confabulación, en la que el logocentrismo ha entretejido la sucesión de la serie lengua-identidad-cultura-colonización.

²³ J.Derrida, apela a este término para significar el trabajo de la escritura, por el cual se vuelve imposible ‘tirar’ un solo hilo del entramado textual sin que ello no tenga implicancias en todo el texto, sometido desde a ese ‘double bind’ del análisis que hace de éste, precisamente, una cuestión interminable y que requiere, por tanto, de la decisión de quien analiza, Cf. DERRIDA, 1997c: 50 y sgtes.

²⁴ La cursiva corresponde a J.Derrida.

Mientras las dos primeras son instituidas en una correspondencia de necesidad imperativa, las dos últimas comparten el hacer de una raíz en común, de esa tarea de cultivar, cuidar, practicar y honrar el arrendamiento de una heredad. La identidad vendría a constituirse en una ardua práctica de laboreo llevada a cabo en la materialidad misma de la ajenidad, en el territorio de una lengua propia que no es tal más que si se la entiende como lengua del otro. Esta marca lingüística, señala y denuncia la falta a expensas de la que se ha formalizado lo identitario: aquello que desconoce ‘la universalidad de los derechos y cultiva diferencias exclusivas, transforma la diferencia en oposición; una oposición que tiende también ‘ a borrar, paradójicamente, las diferencias’ (DERRIDA, 2003: 302).

El concepto de identidad, es entonces, arriesgado en ese peligroso extremo sobre el cual descansan los fundamentos constitucionales que instituyen y validan a los nacionalismos y a las modernas tecnociencias que , en “la literalidad del idioma²⁵” (DERRIDA, 2003: 300) y en nombre del progreso de la humanidad, -es decir, una vez más, autorizadas por la nominalidad de la denominación-, se constituyen en manipulaciones de un querer-autodeterminante y de un poder incondicional que provocan el desarraigo y la desterritorialización del hombre, de la lengua y de la identidad.

LENGUA E IDENTIDAD COMO REPETICIÓN/ DIFERENCIA

Ninguna identidad cultural se presenta como el cuerpo opaco de un idioma intraducible, sino siempre, por el contrario, como la irremplazable *inscripción* de lo universal en lo singular... (DERRIDA, 1992.: 61).

Hacer retornar la palabra al ruido, en el revés de la trama de una armonía de sonidos tranquilizadores, implica la tarea de tener en cuenta aquella fuerza silenciosa de lo posible, de lo aún-no-todavía que M. Heidegger adjudicaba a la tradición e irrumpir, entonces, en un concepto de identidad como mediadora de un proceso de deshistorización y de suspensión de la historia, en tanto representación

²⁵El idioma...es una lengua particular, y el término remite por extensión a la manera de expresarse propia de una época, de un grupo social, de una persona. Según Jacques Derrida, lo idiomático es “una propiedad de la que no es posible apropiarse. Lo rubrica sin pertenecerle...” (N.del T, en DERRIDA-E.ROUDINESCO, 2003: 15)

simbólica de un pasado que pretende liberarse de toda cronología. En ese devenir, el encuentro del yo con el otro como separación, del otro en tanto inapropiable, nunca podrá totalizarse en un concepto de relación puesto que el concepto es materia del lenguaje y éste, siempre dado a lo otro, no puede cerrarse sobre lo otro, ni comprenderlo. Esa única abertura posible que se formula en el tiempo es, tal vez, lo que no puede ser neutralizado políticamente, puesto que “el lenguaje como facultad” de enunciar, “lejos de fundar la correspondencia entre palabra y objeto, la contraviene de raíz” (VIRNO, 2004: 85), y constantemente.

Esta imposibilidad de traducción quiebra la posibilidad de denominación y del acto de dominar, porque la escena del discurso ya no puede ser hegemonizada por el carácter representacional del lenguaje: ninguna presencia se reitera en su presente puesto que nunca ha estado allí, o por lo menos, nada ni nadie puede testimoniar tal acontecimiento. El lenguaje, solo retras (z)o de ese instante original, no puede sino constituirse en envío, en residencia de continuos remitos, desde siempre, dobles y contaminados por las argucias de la ambigüedad, en una repetición que ya comprende la diferencia.

La identidad, entonces, se constituye en la errancia de esa ‘síntesis disyuntiva’ del lenguaje; en la diferencia y, si la lengua aparece como denotación de la identidad, logra esa pertinencia en razón de aquella que, en su continuo movimiento, hace posible un pensamiento de la divergencia; “un pensamiento afirmativo cuyo instrumento sea la disyunción” (FOUCAULT, 1995: 33).

“Lo propio de una cultura es no ser idéntica a sí misma. No el no tener identidad, sino no poder identificarse...no poder tomar la forma del sujeto más que en la no identidad consigo... (sino)...en la diferencia consigo” (DERRIDA, 1992: 17). Por tanto la secuencia identidad / lengua, nos instala, bajo el signo de la responsabilidad, en relación con la memoria, con la herencia y la promesa del porvenir. Y ello no se constituye en la gratuidad de lo dado sino en una donación que exige el compromiso de la decisión en una respuesta que no puede nunca abstraerse de esa unión raigal gestada en tal palabra, es decir, de la responsabilidad.

Heredar una lengua y una identidad constituye el gesto mismo de entender la multiplicidad de lo singular y la ajenidad de toda po-

sesión; implica “responder a una suerte de doble exhortación, a una asignación contradictoria: primero hay que saber y saber *reafirmar* lo que viene ‘antes de nosotros’, y que por tanto recibimos antes incluso de elegirlo, y comportarnos al respecto como sujetos libres. Sí, *es preciso...*” (DERRIDA, 2003a: 12). J. Derrida marca gráficamente los términos reafirmar y es preciso para señalar que este mandato está desde siempre inscripto en la propia herencia recibida y en esa inscripción se significa la insobornable aventura de libertad del hombre, de: “...hacerlo todo para apropiarse de un pasado que se sabe que en el fondo permanece inapropiable, ya se trate por otra parte de memoria filosófica, de la precedencia de una lengua, de una cultura, y de la filiación en general...No solo aceptar dicha herencia sino reactivarla de otro modo y mantenerla con vida. No escogerla (porque lo que caracteriza la herencia es ante todo que no se la elige, es ella la que nos elige violentamente), sino escoger conservarla en vida. En el fondo, la vida, el ser-en-vida, se define...por esa tensión interna de la herencia, por esa reinterpretación de la circunstancia del don, hasta de la filiación...Habría que pensar la vida a partir de la herencia, y no a la inversa...” (DERRIDA, *op. cit.*, 12).

Hereder una lengua y una identidad se configura en pensar en una interrogación continua, e incluso pensarnos a nosotros mismos, en el destiempo de la historia, en la contradicción de la lengua, en la desmesura de una memoria sin fondo, en el exceso de una experiencia que desborda, gozosa, los límites de toda ‘incautación conceptual’ (Cf. DERRIDA-ROUDINESCO, *op. cit.*, pág. 13). Significa que el hombre no está obligado a responder en nombre de ningún más allá trascendental, sino por imperio de su propia finitud. Ella es quien “obliga a escoger, a preferir, a sacrificar, a excluir, a dejar caer...para responder al llamado que lo precedió, para responderle y para responder de él, tanto en su nombre como en el del otro ... (por) lo que lo precede pero también ante lo venidero....” (DERRIDA, *op. cit.* pág. 14).

La deuda de quien hereda sorprende, furtiva, siempre en una duplicidad irreductible, de allí, en consecuencia, que no sea fácilmente saldable y que, por el contrario, permanezca tan incumplida como la promesa del lenguaje. En esta demora residen lengua e identidad, aguardando no la utopía sino lo imposible, en espera de una democracia por-venir en tanto ésta se reconozca en una constante

“inadecuación a su modelo” (DERRIDA, 2003: 324) y de continuo, en apertura a lo otro y a la alteración, para su perfectibilidad.

En esta espera, la identidad constituye aquello ‘in-sabido (Cf. DERRIDA, 1997: 76) en el cuerpo mismo de una lengua, en tanto exenta de todo cálculo y de toda especulación, en respuesta de inclusiones y exclusiones promovidas como efectos de lectura de lo ilegible, en un lector aún por constituirse y “en consonancia con la cosa que no es” (DERRIDA, 1997: 76). De este modo, la identidad resiste a ser disociada de la alteridad constituyéndose en lo indecible y también en lo indecidible por lo que jamás podrá tomar decisiones sobre y por el otro sin recurrir a su propia ex-propiación.

Esta imposibilidad construye la condición de posibilidad de una identidad que, al diseminar la performatividad del verbo ser, ya no quedará apresada en los límites de una conceptualidad, sino extendida en la praxis de la diferencia, en la divergencia del pensamiento, en el doble curso de una lengua que, al inscribirse, borra las huellas y duplica sus trampas y engaños. Y si una huella imborrable, deja de ser tal, puesto que denuncia una intencionalidad y un procedimiento de autoridad, su borradura se constituye en lugar de posibilidad del otro, en estancia inaugurante de lo otro.

Tal vez, la paradoja planteada por la relación lengua / identidad no se resuelva más que en una suerte de aporía que gesta su permanencia en la continuidad de la pregunta. ¿Para qué y por qué insistir en la interrogación cuando ésta también se ha vuelto paradójal? . Es posible que para no-querer-decir, en un sin-fin sin fin-alidad y en ausencia de todo pragmatismo utilitario; es posible que porque pensar lo imposible construye un pensamiento “contra la ceguera” (Cf. MARTÍNEZ, 2004: 6). de la dominancia; (nos) construye (en) la posibilidad de hacer realidad lo pensado y empezar todo de nuevo, otra vez, para escribir una historia, sin faltas ni censuras, una historia de la escritura, de las marcas y de los borramientos.

Sin embargo, la pregunta permanece aún sin contestación; ninguna respuesta es posible desde una cierta unilateralidad: la diferencia requiere de la disyunción y de la divergencia. Entonces, tanto la lengua como la identidad, lugares propios, están obligadas a constituir el lugar del extranjero, de ese arribante que imprevistamente llega al umbral de la casa y “hablando una lengua extravagante”

(DERRIDA, 2000: 13) transforma a su dueño en huésped²⁶. El planteo de la pregunta de ese extranjero, no solo refuta la autoridad del logos paterno; además, pone en dudas y hace temblar a la palabra misma del dueño de casa: ¿en qué lengua éste aceptará o refutará 'dar' hospitalidad? ¿Le está dado al dueño de casa el acto mismo de aceptar o de refutar?.

Esta imposibilidad de respuesta, se constituye en condición de posibilidad para el pensamiento, para la experiencia de esa responsabilidad que no debería adecuarse al 'cálculo jurídico' (DERRIDA, 2000: 43) y a la vez, inhabilitada, para configurar el permiso o la interdicción del paso, decida, sin previsiones, hacer de ese hiato, en tanto lugar de una no-relación, un espacio habitable para sí y para el otro.

LENGUA /IDENTIDAD/INSCRIPCIÓN.

La lengua no viene del cielo: forma parte de las relaciones de poder. Por eso los pueblos americanos hablan español y no al revés. El que conquista nombra, el que inventa nombra y vende su invención (KOLESNICOV, 2004).

Cada vez que pensamos nuestra identidad, provocamos ese pensamiento en 'nuestra' lengua. Esta afirmación, sostenida por el hecho fundacional de la conquista, no hace sino instituir una cierta amnesia que opaca y contradice la transparencia de su verdad. Aquello que denominamos 'nuestra' lengua, es la lengua de los vencedores y pensamos la identidad, en el horizonte territorial de los vencidos. Una y otra son productos de ex-propiaciones que nos configuran en la tensión de una herencia y una deuda dobles.

Herederos de una diferencia borrada no hacemos más que andar por los bordes de ese aniquilamiento, por las huellas de esa borradura, a contraluz de las certezas históricas. Ello nos obliga a andar 'a tientas', a entablar un diálogo con lo ausente, con ese gesto constante de oír lo inaudible de la ausencia, y de leer aquello inscripto precisamente porque, ilegible, en el no-saber de la escritura, resiste

²⁶ Al respecto, recordemos que, en francés, 'huésped' y 'anfitrión' son una misma palabra. Si bien ello no ocurre en castellano, el 'dueño de casa' asume ese rol ante 'el extranjero'. Éste, entonces, es quien le permite ser tal, obligándolo a abrir el diálogo.

todo intento de reapropiación. Una mirada ya colonizada y aunque apenas capaz de precarias restituciones, se entretiene en lo desaparecido, en el archivo de lo denegado: allí, la diferencia, juega, incansable, su juego desinteresado de nomologías imposibles, en los gramas artificiosos de la inscripción.

La lengua inscribe, en la escritura, una identidad que “como ítara... designa, a la vez la repetición de lo mismo y su alteración” (DERRIDA, 1997c: 51). La escritura, en tanto inscripción en un espacio sensible, “está fuera de la ley, malformando a todo concepto desde su nacimiento” (DERRIDA, 1997: 224), dispersando tanto el sentido como sus certezas, en las derivas de un texto indetenible.

¿De verdad mueren las lenguas, mueren los pueblos y solo sobreviven los rasgos de la identidad?. ¿Han muerto las ‘denominadas’ lenguas precolombinas o constituyen ese fantasma que, “fuera de la ley” (DERRIDA, 2000: 43) aún hoy, agujerea la uniformidad estructural del crisol de razas que generosamente creemos constituir?. ¿No es este espectro que insiste en volver al lugar de donde se lo ha excluido, una de las formas memoriales que asumen las lenguas obligadas a desaparecer para hablar desde esa alteridad irreductible, que, según G.Vattimo constituye la instancia “de una alteridad de la que no podemos disponer en un sistema...por que nos coloca (en cuanto nos trasciende y nos rige), pero nos disloca además (en cuanto no podemos disponer de ella), como un mensaje o un envío, radicalmente histórico-finito” (VATTIMO, 1992: 184).

Entonces, la muerte de esas lenguas, lejos de significar “una pérdida irreparable para el patrimonio humano universal” (GOLLUSCIO, 2004), dispersan su simiente, constituyéndose en insoslayable raíz matricial de la humanidad. Y mantienen, con ello, el conflicto de la identidad en golosa apertura a sabiendas que ninguna respuesta restañará, en definitiva y de una vez por todas, la interrogación que profiere su silencio ‘inhumano’²⁷, ese silencio ‘animal’ “del que proviene la palabra del hombre y al cual, ... (tal vez), se remita” (VATTIMO, 1990: 147).

²⁷ Este término ‘inhumano’ está aquí utilizado en la asignación del sentido dada a la expresión por J.F.Lyotard quien entiende que ‘lo inhumano’ se formaliza en aquello que se instituye y se controla mediante la ‘coacción’ y el ‘temor’. Cf.. J.F.Lyotard, *Lo inhumano*, Editorial Manantial, Bs.As., 1998, págs. 12 y sgtes.

BIBLIOGRAFÍA

- DERRIDA, J. *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos, 1989.
- . *El otro cabo. La democracia, para otro día*. España: Serbal, 1992.
- . *La diseminación*. 2ª ed. España: Espiral, 1997.
- . *El tiempo de una tesis. Deconstrucción e implicaciones conceptuales*. 2ª ed. Barcelona: Proyecto A, 1997a.
- . *El monolingüismo del otro*. Buenos Aires: Manantial, 1997b.
- . *Resistencia del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1997c.
- . *La hospitalidad*. Buenos Aires: De la Flor, 2000.
- . *La verdad en pintura*. Buenos Aires: Paidós, 2001.
- . *¡Palabra!-Instantáneas filosóficas*. Madrid: Trotta, 2001a.
- . *Papel Máquina*. Madrid: Trotta, 2003.
- y ROUDINESCO, E. *Y mañana qué...* Argentina: F.C.E., 2003a.
- FOUCAULT, M. *Siete sentencias sobre el séptimo ángel, con ensayo de Ángel Gabilondo*. Madrid: Arena Libros, 1999.
- G.-DELEUZE. *Theatrum Philosophicum-Repetición y diferencia*, Barcelona: Anagrama, 1995.
- HEIDEGGER, M. *Aportes a la filosofía. Acerca del evento*. Buenos Aires: Biblos, 2003.
- KOLESNICOV, P.. “Gilipollas”, en “Sólo 130 palabras en inglés son de uso corriente en el español”, de Liliana Moreno (incluye entrevista con Prof. Lucía Golluscio, ‘Un idioma que se nutre de pres-tamos’). **In:** *Clarín*. Buenos Aires, 23 de Julio de 2004.
- LYOTARD, J. F. *Lo inhumano*. Buenos Aires: Manantial, 1998.
- MARTÍNEZ, T. E. Los libros por venir, en Fórum 2004, Publicación de *Clarín*, Bs. As., julio de 2004, pág. 6;

MIGNOLO, W.,2001, “La colonización del intelectual porteño”, entrevista de Pilar Ferreyra. *Clarín*, Bs. As., 20 de Agosto de 2001, pág. 9.

VATTIMO,G. *Las aventuras de la diferencia*. Barcelona: Península, 1990.

———. *Ética de la interpretación*. Buenos Aires: Paidós, 1992.

VIRNO., P. *El recuerdo del presente*. Buenos Aires: Paidós, 2003.

———. *Palabras con palabras*. Buenos Aires: Paidós, 2004.